

El alto Perú, pues, quedaba al finalizar el año de 1810, en poder de los revolucionarios argentinos.

Goyeneche había abandonado y dejado á su espalda la provincia del Cuzco que era la de su mando, para situarse con los doscientos soldados que allí encontró, en la provincia de Puno y en la destemplada región del lago Titicaca ó Chucuito, en donde fué reuniendo y armando tanta gente, gracias á los grandes auxilios que le envió el activo virey del Perú Abascal, que ya al apuntar el año 1811, tenía armados y equipados ocho mil hombres, toda gente del país, de modo, que la lucha en el alto Perú iba á ser una verdadera guerra civil, pues iban á chocar americanos con americanos, guiados por una y otra parte por jefes también americanos.

Tardaron, sin embargo, á romperse las hostilidades algún tiempo, porque así como las malas noticias de España al llegar allí fomentaban la sedición, las buenas noticias, como por ejemplo el triunfo de Bailén, apagaban ó disminuían sus alientos, y esto es lo que había pasado en América, en donde la noticia de dicha victoria, el llamamiento de los americanos á Cortes y otras providencias liberales causaron en los peninsulares-americanos, y en los mismos americanos la más viva satisfacción.

Abascal se presentó, pues, á comunicar á Castelli las agradables y patrióticas noticias llegadas de España, que en el patriota argentino no causaron ciertamente el mismo buen efecto, antes al contrario, haciéndole temer por el porvenir, se apresuró á ajustar un armisticio con el virey del Perú, armisticio para él altamente conveniente, primero porque se le daba tiempo para organizar el ejército de Balcarce, quien ciertamente cometió una gran falta, no arrojándose en alas de su triunfo de Suipacha contra el campamento de Titicaca ó de Huaqui para dispersar á Goyeneche, en segundo lugar porque se le abandonaba el Alto Perú, en donde podría sentar en terreno más firme su dominación, y por último, reconocido de hecho como un beligerante, el Perú resultaba en contacto con un ejército libertador americano, cuya vecindad peligrosa para sus autoridades reales, se dejó muy pronto sentir en Arequipa. En cambio, Abascal conseguía con el armisticio dar á Goyeneche el tiempo necesario para que organizase á los vencedores de Huaqui. Firmado el armisticio en 16 de Mayo, se le señaló de duración cuarenta días, pero antes de finir, recibió Castelli noticias de Buenos-Aires, en las que se le decía que España era ya presa de Napoleon, por lo cual, se creyó ya en el caso de

descubrir los propósitos de la revolución, y en Tia-guanaco, declaró la libertad americana en nombre de la suprema junta de Buenos-Aires.

Al saber esto Goyeneche adivinó que se acercaba el momento del ataque, procuró espiar al enemigo acabando por averiguar que iba á ser atacado el 21 de Junio.

Extendíanse los americanos desde Huaqui á Jesús de Machaca, de modo que pudieran auxiliarse unos cuerpos á otros. La imponente caballería cochabambina, fuerte de seis mil hombres, mandada por Rivero, estaba en Machaca, y había construído un puente en el río que separaba á los dos vireinatos para poder atacar á Goyeneche por su derecha. En la quebrada de la Caza, entre Machaca y Huaqui estaban Viamont y Diaz Velez con grandes fuerzas; y en Huaqui estaban Castelli y Balcarce con el cuartel general.

Goyeneche, la víspera de la batalla, reunió en junta de guerra á sus divisionarios, á quienes encontró desde luégo preocupados por el número de sus adversarios, llegando á creer que era una temeridad esperar á diez y ocho mil combatientes con solos ocho mil, pero Goyeneche que consideraba ya á sus ocho mil peruanos como soldados viejos, supo infundir á todos tanta confianza que los jefes pasaron febriles la noche del 20, esperando la hora de la batalla.

Al amanecer del 20 de Junio se puso Goyeneche en marcha, resuelto á atacar para que sus gentes comprendieran que importancia debían dar al enemigo, lanzando contra los cochabambinos al coronel Lombera con dos mil hombres, á Ramírez le envió sobre Jesús de Machaca con los cuerpos Paruro, Pancartambo, Abancai, escuadrón de caballería de Arequipa y cuatro cañones, Goyeneche tomó la izquierda de la quebrada de Caza con los batallones de Cuzco, Puno, Real de Lima, caballería de Tinta y dragones de su escolta, formando el centro Pío Tristán con dos batallones.

Empezó Ramírez la batalla á las nueve de la mañana y á las diez era ya general. Hubo un momento en que la acción pudo darla por perdida Goyeneche al ver desbandada su caballería por el gran peso de la enemiga, pero la rehizo con su ejemplo y desde este momento, bien que trabajosamente por la firme resistencia de los argentinos, los peruanos llevaron la ventaja de su parte hasta poner Tristán y Goyeneche en fuga á Castelli y Balcarce, que dejaron en su poder toda su artillería, bagajes, municiones, fusiles, buen número de muertos y heridos, pero solos doscientos cincuenta prisioneros.

La retirada de los dispersos sobre La Paz fué desastrosa: Domingo Tristán dió orden para evacuarla, pero sedientos de venganza los derrotados, quisieron acabar antes con los europeos de la ciudad y con los que se tenían por afectos al antiguo orden de cosas, y para ello les llevaban á la casa municipal, y como el marqués de San Felipe les hiciera escapar por una puerta falsa á la vecina iglesia, los paceños é indios le dieron cruelísima muerte de la que escapó su colega Landaberi que también se ocupó en tan honrosa empresa porque poseía el lenguaje de los indios y conocía á los principales jefes suyos. De esta manera trataban los paceños á los individuos de su Junta. Y quien sabe hasta dónde no hubieron llegado los indómitos indios de aquellas regiones sino llegara Rivero al frente de quinientos caballos cochabambinos y algunos oficiales argentinos que iban sosteniendo la retirada. Cuando Rivero abandonó á La Paz por tener á la primera división de Goyeneche encima, ocupó el pueblo nuevamente Tristán á quien había ganado Goyeneche, perdonando su defección y conservándole el mando del pueblo.

Goyeneche entró en La Paz el día 8 de Julio de 1811 y después de atender á la administración pública, y de expedir á todas partes proclamas asegurando á todos el perdón y la clemencia que llevaba al último extremo, para desautorizar á sus enemigos que le iban presentando por todas partes como un hombre sanguinario é implacable, salió para Oruro y Cochabamba para combatir de nuevo contra Balcarce, y separar á los cochabambinos de la sublevación.

El triunfo de Huaqui llegó tan á propósito, que su sola noticia bastó, para que Arequipa, patria de Goyeneche, que se había pronunciado, se despronunciase en seguida.

Prueba esta facilidad con que se hacían las cosas en el Perú, la poca consistencia del movimiento revolucionario, pero esta misma inconstancia producía ahora los más terribles efectos, y ya nadie sabía quien era leal, ni quien era rebelde. Luego la intervención de los indios que no podían hacer más que la guerra de guerrillas, era fatal para las pocas tropas de que disponía Goyeneche, pues sus pequeños destacamentos eran sorprendidos por ellos y aniquilados sin piedad. Así resultaba puesta La Paz y Domingo Tristán, á fines de Agosto, en el más terrible apuro por el sitio duro que sufrían, cuando Goyeneche no podía hacer nada por ella por haberse puesto al fin al alcance de Rivero y Diaz Velez que le esperaban cerca de Cochabamba,

en Liperipe,—13 de Agosto,— en donde fueron nuevamente derrotados por los peruanos en cuyo combate Ramirez se distinguió de nuevo mucho, siendo los principales trofeos de la victoria ocho cañones, un obús, una bandera y setenta prisioneros. Los muertos recogidos en el campo de batalla fueron seiscientos.

Dispersado el enemigo, hizo Goyeneche su entrada triunfal en Cochabamba, dió á todos una amplia amnistía, puso en libertad á todos los prisioneros, y á Rivero, no solo le perdonó, sino que le dió el mando de un cuerpo de caballería de sus tropas.

La Paz socorrida á tiempo fué libertada, pero los indios y otros paceños fueron duramente tratados.

Conocida la victoria de Liperipe, adelantáronse los argentinos á evacuar á Chuquisaca y Potosí, llevándose de esta ciudad el argentino Puigredon, que hacía la campaña, seiscientos mil duros, pero aún abandonó trescientos mil que no pudo llevarse por falta de acémilas, lo que le dejaron hacer los potosinos por haberles dicho que aquel dinero era para reclutar gente con que defender la ciudad contra Goyeneche.

Ahora la guerra iba á presentar en el Alto Perú el mismo aspecto que presentaba á la sazón la guerra en España. Los argentinos abandonaron el sistema de las grandes batallas, y sus masas no se reunían sino contra las pequeñas guarniciones y destacamentos. ¡Ay de la partida suelta que corría por aquellos campos y soledades! Esta guerra nueva en América, puso tan fuera de sí á los coroneles de Goyeneche, que éstos contestaron á los argentinos é indios con sus mismas armas, ojo por ojo, diente por diente, es decir, no se daba cuartel á nadie. El coronel Benavente luégo de haber corrido nuevamente al socorro de La Paz, ya otra vez sitiada por los indios, batió á éstos en Huachacachi y como hiciera en el combate setecientos prisioneros, les dió el billete de indulto que sólo sirvió para que al otro día se presentaran de nuevo á hostilizarle. Desde este momento Benavente fué implacable, y en poco tiempo se le contaron más de tres mil víctimas, en lo que no se quedó á la zaga el coronel Huici que también desplegó igual calor. No se crea por esto que los indios todos estuvieran con los argentinos. Benavente y Huici tal vez no habrían sido tan crueles si Pumacagua y Choquehuanca no estuvieran á su lado y no aprovecharan las ocasiones para sus venganzas.

En este estado la guerra, llegó la estación de las lluvias, que en aquellas regiones duran de Octubre

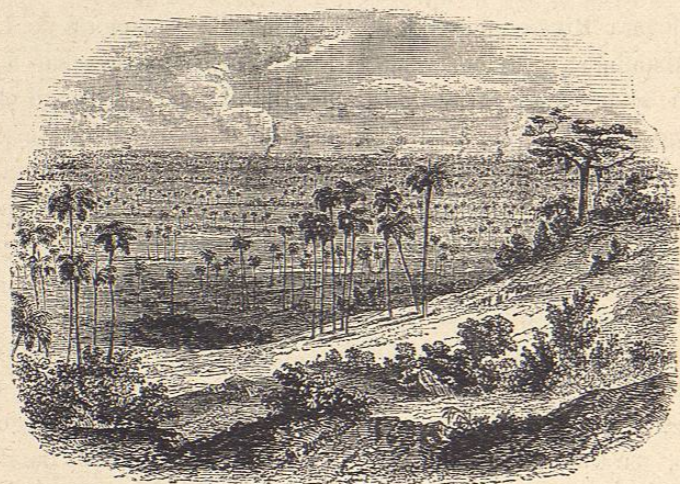
á Abril, las operaciones se paralizaron por consiguiente poco más ó menos en todas partes, y Goyeneche, si no pudo terminar en 1811, pudo creer que en 1812 conseguiría no solo pacificar por completo el Alto Perú, sino abrirse paso franco á Buenos-Aires.

Quito había tenido ya su revolución en 1765 que dominó el conde de Selvaflorida, y no se había extinguido aún del todo el fuego que se encendió en aquella época cuando las noticias de lo ocurrido en España y de la creación de Juntas excitó en Quito la idea de imitar á España.

Nosotros, como se habrá notado, no hemos querido seguir á los historiadores y publicistas ameri-

canos por el camino que modernamente han emprendido para justificar estos movimientos sin bandera, de los primeros años del levantamiento de América, presentándolos como la obra del partido liberal, contra la obra del partido absolutista americano. Admitimos desde luego que entrase en la cuestión por un tanto este factor, pero queremos creer y creemos que estos liberales si obraron con buena fe obraron á ciegas, y queremos creer y creemos, que los directores de tales movimientos, en todas partes procuraron amoldarse á las circunstancias, sin perder nunca de vista el fin principal de tales movimientos.

Fué en Quito el marqués de Selva-Alegre, Mon-



Campos de Cuba

tufar, quien empezó á agitar el país para organizar una Junta que conservara la ciudad á Fernando VII cuando nadie le amenazaba esta posesión. Pero traicionadas sus reuniones, fueron presos Montufar, Morales, Salinas, Peña y Quiroga, —9 de Marzo de 1809, —designados todos como jefes de la conspiración.

Mal sin duda lo hubieran pasado si el presidente conde Ruíz de Castilla deja hacer á Manzanos asesor general de la presidencia, pero el conde creyó que no convenía excitar tumultos con persecuciones y rigores, y acabó por hacer que la causa se sobreyera poniéndolos á todos luego en libertad.

Con estas clementes medidas no se logró, empero, mas que aplazar la sublevación; los mismos que tan generosamente habían sido tratados, continuaron sus reuniones en casa de Manuela Cañizares, y allí se reunieron para dar el golpe, los más decididos, el 9 de Agosto de 1809.

Salió Salinas de casa la Cañizares al cerrar la noche para el cuartel, en donde le esperaba la tropa ya seducida para que la sacara y se pusiera á su

frente, logrando su objeto sobre las doce y cuarto de la noche, dirigiéndose en seguida al encuentro del conde, de Manzanos, y del regente de la Audiencia á quienes pusieron presos, pasando en seguida á crear una Junta soberana, con un ministerio en regla, una bandera tricolor, y para que nada faltare se creó hasta una orden, la orden de San Lorenzo, en conmemoración del día del levantamiento, pero todo esto, nótese bien, para el mejor servicio de Fernando VII, y para impedir que Quito cayera en manos de los franceses. Esto hecho por el pueblo acusaría una gran candidez; esto hecho por la nobleza, clero y personas inteligentes de Quito, probaba una gran habilidad y una gran malicia.

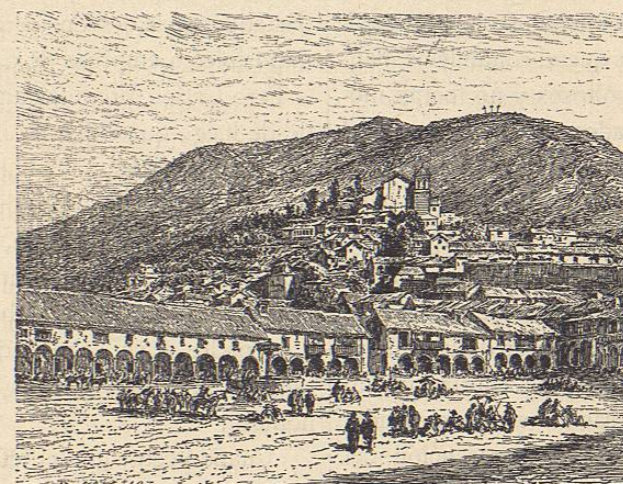
Hasta aquí el golpe de Estado, pero Salinas lo quiso consagrar haciéndolo jurar por el pueblo que se alborotó al ver que se tomaba para ello la bandera revolucionaria y no el estandarte real, al que fué necesario recurrir para evitar un conflicto, y de la misma manera hubieron ya que no de ceder, de imponerse ante las enérgicas protestas de la colo-

nia, al ver el mando ó gobierno en manos de criollos.

Desde el momento, pues, en que se iniciaban tan fuertemente las desconfianzas, podía darse la revolución por muerta sin que la salvara su hipócrita defensa, ni el organizar sus fuerzas con el nombre de falanges de Fernando VII, que así llamó á tres batallones de nacionales que se apresuró á organizar, porque lejos de secundar el movimiento de Quito; Guayaquil, Cuenca y Popayan, se apresuraron á una ofensiva que desde luego inquietó fuertemente á los que se entretenían en crear senados y otras autoidades no menos inseguras en frente del

movimiento de reprobación que se sentía por todas partes.

A medida, pues, que iba creciendo el nublado, procuraban los de Quito moderar su lenguaje y actitud procurando separar de la ciudad á aquellos que podían ser jefes de la reacción tan pronto se apercibieran de las intenciones de los Montufar y de los Salinas. Así enviaron á Calisto y Murgueitio á Cuenca; á Guayaquil á Salvador y al marqués de Villa-Orellana, y á Popayan á Zambrano, quienes debían, según las instrucciones que se les habían dado, procurar una transacción, pero de la sinceridad con que la buscaban habla el tumulto popular



Gran plaza de Cuzco

del día 6 de Setiembre de 1809, que dió por resultado que el presidente Montufar se estableciera en el palacio del conde Ruíz, saliendo éste al otro día en compañía de otros altos funcionarios desterrados para varios puntos. En Quito se había creído, pues, que la revolución no peligraba una vez se hubiese separado de la ciudad á los que podían ponerse al frente de la contrarrevolución.

Sin embargo, con los embajadores antes mencionados habían marchado patriotas dispuestos á aprovecharse de su regreso, para procurar la adhesión de las ciudades disidentes, pero este maquiavelismo no había de producir resultado alguno, por lo mismo que Calisto y Salvador hubieron de aprovechar también la ocasión y ponerse al lado de los leales, teniendo en su consecuencia que escapar los demás, puestos con esta actitud al descubierto.

Este desenlace pareció á todos grave y Montufar fué el primero en presentar la dimisión de su cargo, que se ofreció con grandes protestas de amistad y

simpatía al conde Ruíz. En tanto esto sucedía una partida sorprendía en Alami al valiente Calisto y lo asesinaba.

Esta muerte fué tan sentida en el campo leal, que ciudades hasta entonces indiferentes á los dos partidos, como Río Bamba, Guaranda, Ambate y Tacunya se declararon, y poniéndose al frente de sus fuerzas y de las de Jaén de Bracamoros, en donde mandaba Checa, se dirigieron al encuentro de los de Quito que habían lanzado al campo á tres mil hombres.

Pero sucedió en Quito que no habiendo sido posible comprometer al conde Ruíz, mientras los diversos partidos se disputaban su puesto, proponiendo unos á Morales y otros á Ascásubi que fué el elegido por la Junta; el pueblo imponía Guerrero descendiente del conde de Selvaflorida, en ocasión de estar Ascásubi en el campo y haber sido hecho prisionero en un encuentro, con todos los que le acompañaban. Guerrero procuró allanar todas las